

no haya sido profetizada mas de mil años ántes, entónces se verá con otros ojos, y se reconocerán rasgos verdaderamente divinos. Si se considera en los usos y ceremonias que observa la Iglesia, no mas que la simple exterioridad, es cierto que cualquiera lo tendrá todo por poco ó nada esencial; pero si se reflexiona que todas estas prácticas que parecen superficiales son simbólicas y sábiamente establecidas para contener á nuestros sentidos en el respeto, y para elevar nuestra alma á Dios, entónces ya vemos otra imágen; y lo que se tenia por inútil se estimará ya como justo, racional y sublime. No abandonemos, pues, su estudio, porque él nos dará ideas mas preciosas de nuestro Criador, de la magestad de su Sér, de la magnificencia de sus obras, de la sabiduría y profundidad de sus consejos: él nos enseñará mejor lo que somos, lo que es el vicio y la virtud, lo que es la gracia y la eternidad; y entónces no solo no blasfemaremos de una religion tan santa y divina, sino que la respetaremos, la amaremos y reverenciaremos, juzgando de ella *no por la superficialie, sino con justo juicio.*

Miércoles de la quarta semana de Cuaresma.

Este dia ha sido conocido comunmente con dos nombres; de los cuales uno es el *del ciego de nacimiento*, y el otro el dia *del exortinio mayor*; porque en este dia se hacia solemnemente el examen de los catecúmenos, que debian admitirse al Bautismo diez y ocho dias despues. Se llamaba este examen el grande escrutinio, porque de siete que se hacian en la Cuaresma para disponerlos al Bautismo, el que se tenia este Miércoles era el mas principal y mas solemne. Toda la misa dá una exacta relacion del Bautismo. El introito se ha tomado de la profesia de Ezequiel, donde dice: *Cuando fuere santificado en medio de vosotros, os juntaré de todas las partes de la tierra, y derramaré sobre vosotros una agua pura, y seréis purificados de todas vuestras manchas, y os daré un espíritu nuevo.*

La primera Epistola que tambien se leia en este dia ántes del Bautismo de los adultos, es un simbolo perfecto del Bautismo. La tomó la Iglesia del capítulo XXXVI del profeta Ezequiel, donde promete Dios á su pueblo sacarlo de la triste cautividad en que gemia, derramar sobre él una agua pura, y purificarlo de todo lo que

lo manchaba y afeaba. ¿Quién no vé que todo esto es una prediccion muy clara del Bautismo de Jesucristo, cuya sangre comunica al agua la virtud de borrar el pecado á los que creen en él. Tambien dice Dios por boca del mismo profeta, que les dará un corazon nuevo, y un nuevo espíritu, quitándoles al mismo tiempo aquel corazon duro y terreno de que estaban animados y aquel espíritu grosero y reacio que los hacia indóciles. Pondré mi espíritu en medio de vosotros, el cual os ilustrará, os descubrirá el vacío y la nada de los bienes criados, y el falso resplandor de todo lo que deslumbrá á los sentidos, de todo lo que agrada á la sensualidad. Este espíritu, haciéndoos conocer el precio de los bienes espirituales, os dará el gusto de ellos, dandoos la inteligencia de los mas altos misterios: la gracia que derramaré en vosotros con mi espíritu, hará que guardéis mis mandamientos con alegría, os hará caminar con fervor por mis caminos; añáde el Señor, vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios que pondré en vosotros mis mas tiernas complacencias.

¶ A la verdad, despues que los judios volvieron de la cautividad, dieron ménos motivo de queja y de reprension, tocante á la idolatría y otros desórdenes que los profetas les habian echado en cara tantas veces ántes de la cautividad; mas sin embargo no llegaron jamas á aquel grado de perfeccion que se les anuncia en éste y otros pasages de la Escritura; porque esta profecía no debia cumplirse sino en la Iglesia; solo Jesucristo ha sido propiamente quien ha obrado en sus fieles las maravillosas transformaciones que señala aquí la Escritura; este Señor es quien con su gracia quita el corazon de piedra, este corazon duro y terreno, este corazon todo sensual y material que hacia el carácter de los judíos: él es quien da el corazon de carne, esto es, un corazon tierno, dócil, reconocido; él es en fin, quien derrama un espíritu nuevo, él nos purifica de nuestras manchas, y por medio de su gracia nos hace perseverar libremente en el bien.

¶ Siguiendo este mismo espíritu y en el mismo sentido ha destinado la Iglesia para la segunda Epistola de este dia, (que igualmente se leia á los adultos como la primera para que recibieran el Bautismo) el pasage del profeta Isaias, donde descubriéndonos Dios los infinitos tesoros de su misericordia, y las riquezas de su bondad, nos manda que nos purifiquemos de nuestras iniquidades, y que nos lavemos de todas nuestras manchas: *Lavaos, purifícaos.* No pide un lavatorio ni una purificacion exterior, como parece lo entendian

los judíos; quiere una pureza interior, una purificación de alma, la cual no se hace sino por la conversión del corazón, por la penitencia, por la caridad. Lo que sigue nos hace ver claramente que Dios no habla sino de la inocencia: *Quitad de delante de mis ojos la malignidad de vuestros deseos y pensamientos, y cesad de hacer el mal.* Pero no basta cesar de hacer el mal, continúa el Señor, es menester que aprendáis á obrar el bien. Porque la justicia consiste en huir del mal y juntamente obrar el bien. Amad la rectitud y la buena fé, y no hagáis mal á nadie. Socorred al pobre, haced justicia al huérfano, defendad á la viuda, ejercitaos en obras de misericordia, haced bien á todos, y despues de esto os doy licencia para que os quejeis de mi severidad, y me acuseis de ser un Señor duro y austero, si os miro con malos ojos, si os desecho cuando viniéreis á mí, si cierto mis oídos á vuestros deseos y á vuestras peticiones. En verdad os digo, que aunque vuestros pecados fuesen tan rojos como la escarlata, y vuestra alma teñida como el paño teñido del encarnado mas vivo, se blanquecerá como la misma nieve. Y cuando vuestros pecados fuesen tan rojos como el bermellon, quedarán tan blancos como la lana mas blanca. No es esto decir que el pecado deje jamas de ser pecado; sino que Dios quiere que entendamos que por enormes que sean nuestros pecados, por grande que sea su número, desde el instante en que el pecador se convierte de buena fé, le perdona Dios todos sus pecados, y por este perdon recobra el alma la inocencia. Ninguna cosa explica mejor los maravillosos efectos del Sacramento del Bautismo y de la Penitencia como estas comparaciones.

El Evangelio de la misa del dia, no dice ménos relacion al efecto de estos dos sacramentos: contiene la historia de la curacion del ciego de nacimiento. Ninguna cosa inquietó mas á los pontífices y fariseos que la publicidad de un milagro tan estupendo. Pasando el Salvador un sábado por una de las calles de Jerusalem, vió á un hombre ciego de nacimiento; se compadeció de él y determinó curarlo; pero ántes de obrar este milagro quiso responder á una cuestion que le propusieron sus discípulos: Maestro, le dijeron: ¿Cuál ha podido ser la causa de que este hombre haya nacido ciego? ¿Es esto por culpa suya ó por culpa de sus padres? Los Apóstoles creían todavía como los demas del pueblo, que no habia adversidades ni enfermedades que no fuesen penas de algun pecado. Queriendo, pues, Jesus desengañarlos é instruirlos, les dijo: Que

no era por culpa de él ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandecieran en él. En esto quiso mostrarles el Salvador que aunque las aflicciones sean muchas veces la pena de nuestras culpas ó de las de nuestros padres, otras veces no las envía Dios sino para probar y purificar á sus escogidos ó por otros motivos que sirven á los designios de su Providencia. De esta especie era la incomodidad que padecia este hombre desde su nacimiento: permitiendo el Señor que este naciese ciego para tomar de aquí ocasion de manifestar su poder y su mision. Es necesario, añadió el Señor, que mientras es de dia haga yo las obras del que me envió. Tómase aquí el dia por el tiempo que el Salvador habia de vivir sobre la tierra. Este tiempo debia ser para los judíos un tiempo de luz, si hubiesen sabido aprovecharse de él. Vendrá la noche cuando ninguno podrá trabajar, prosiguió el Señor: Por la noche denotaba Jesucristo su muerte, despues de la cual serian abandonados los judíos á las tinieblas de su ignorancia y de su ceguedad voluntaria, conforme á la amenaza que se les hizo en otra parte. Andad mientras teneis luz; yo soy la luz del mundo. *Infeliz de aquel que no trabaja mientras es de dia.* Dicho todo esto, escupió el Salvador en la tierra é hizo lodo con la saliva, con el cual frotó los ojos del ciego: mandándole despues á los baños de Siloe á que se lavara allí. Estos baños eran de las aguas de una fuente que corria por la falda del monte Sion, al pié de los muros de Jerusalem. Como el nombre de Siloe significa enviado, que es uno de los nombres que da la Escritura al Mesías, no fué sin misterio el enviar el Salvador al ciego á esta fuente. Quería enseñarnos que él es el que nos regenera en las aguas saludables del bautismo, y el que con su gracia cura nuestra ceguedad espiritual. El Salvador no tenia necesidad ni de aquel lodo, ni de las aguas de la fuente de Siloe para dar vista al ciego; porque el barro, dicen los Padres, era remedio naturalmente mas propio para hacer ciegos que para curarlos. Solo el que pudo formar al hombre de un poco de barro, puede hacer servir este para su curacion. Así tambien S. Ireneo y S. Juan Crisóstomo entienden en la fuente de Siloe como un símbolo del bautismo, demostrándonos con esto lo misterioso de este hecho. Habiendo obedecido el ciego al Salvador, fué y se lavó en la fuente de Siloe, y ya volvió con vista. Un milagro tan estupendo dió gran golpe al pueblo, el cual, no obstante, no penetró el misterio. Por mas que tenian á la vista el suceso, se les hacia increíble, y decian: ¿No es

este el que se mantenía sentado pidiendo limosna? Unos decían que era el mismo, otros que se parecía á aquel; mas él les decía: Yo soy el mismo. La admiración de un suceso tan raro les obligaba á preguntarle: ¿cómo es que ya tienes vista? El les respondía: Aquel hombre que se llama Jesus me ha dado con lodo en los ojos y me ha dicho que fuese á lavarme á la Piscina de Siloe: he hecho lo que me ha mandado, he ido, me he lavado, y ya veo.

Un milagro tan grande, tan incontestable y tan público, léjos de convertir á los enemigos del Salvador, los irritó tan furiosamente, que casi estuvieron resueltos á desahacerse del que era una prueba tan patente de su maligna incredulidad. Preguntante donde estaba Jesus: nada sé de él, les responde. Llévanlo á los fariseos, quienes le preguntan cómo había visto, y él les repite lo mismo que había dicho á los otros: Aquel hombre que se llama Jesus me ha dado con lodo en los ojos, me he lavado y veo. ¿No te ha curado en sábado? le dicen. No tiene duda, responde el ciego. Este hombre no puede ser cosa de Dios, gritaron algunos del congreso, pues no guarda el sábado. ¿Y cómo un hombre pecador, decían otros, puede hacer un milagro tan grande? Habiéndose dividido los espíritus y encendiéndose una gran disputa, determinaron se preguntase al que había sido curado, qué era lo que pensaba del que le había dado la vista. Yo, respondió, no dudo que sea un hombre enviado de Dios y un gran Profeta. Esta respuesta los irritó, y le trataron de embustero y de impostor, no queriendo creer que hubiese nacido ciego. Cuando por envidia y por rencor no se quiere reconocer el mérito de una acción, se niega el hecho. Acababan los fariseos de imputar á delito á Jesucristo el que en sábado había curado á un ciego; y hé aquí que contestan la verdad de esta curación milagrosa. ¡Oh y cómo estas variaciones descubren claramente el espíritu de error y la malignidad de la posesión que domina! Pocos hechos mas notorios, ni que tuviesen mas testigos que este; sin embargo, fué menester aclararlo para acabar de convencerse los fariseos. Hacen venir al padre y á la madre del ciego, y les preguntan: Si aquel es su hijo, si es verdad que nació ciego, ¿y quién puede haberle abierto los ojos?

A los dos primeros artículos responden sin detenerse, que aquel jóven era su hijo, que nada mas cierto que el que había nacido ciego; en cuanto al tercero, como el decir que era Jesus quien lo había curado, era decir que era el Mesías, callaron este hecho, temiendo

ser maltratados si lo afirmaban. ¡Qué pocas veces se ama tanto la verdad, que no se la haga ceder al temor! Quien haya abierto sus ojos, no lo sabemos nosotros. Preguntádselo á él, pues ya tiene edad para poder dar razon de su persona. Admiramos aquí la conducta de la Providencia de Dios que hace servir á su gloria la mas negra malicia de sus enemigos. Habiendo llamado al hijo por segunda vez, le dijeron con un tono afable y halagüeño: No puedes honrar á Dios de otro modo que confesando la verdad: dinos ingenuamente todo cuanto ha hecho contigo ese que dices ser el autor de tu curación. Tú no lo conoces, nosotros sí, y sabemos que es un mal hombre. Si es bueno ó es malo, respondió él, yo no lo examino ahora. Vosotros juzgareis de él como quisiéreis: sois sabios y yo no lo soy. Pero lo que yo sé y no puedo ocultar, es, que yo era ciego y que ahora veo. ¿Y qué ha hecho contigo, prosiguieron? ¿Cómo te ha abierto los ojos? Confesemos que le cuesta bastante mente al incrédulo querer justificar su incredulidad, no solo á los ojos del mundo, sino aun á los suyos propios. No se busca, cuando se llega á este estado, el ser alumbrados de la verdad, sino el tranquilizarse en el error. Este pobre hombre fatigado de tantas preguntas les respondió con un tono intrépido y animado: Ya os he dicho una y otra vez como me ha dado vista: os lo he dicho y lo habeis oido. ¿A qué fin volvéroslo á repetir? ¿Por ventura quereis ser discípulos suyos? Esta espresion dicha de un modo natural é ingénuo, sin intencion de ofenderlos, les chocó y los irritó de suerte, que no le respondieron sino descargando sobre él mil injurias: sé tú discípulo suyo si gustas; nosotros no queremos otro maestro que á Moises, á quien sabemos habló el Señor. En cuanto á este, ni sabemos quién es, ni de donde viene. ¿No es un gran prodigio, replicó el hombre que había sido curado, que no sepais de donde es, ni quién es este hombre y que me haya abierto los ojos á mí que nací ciego? Vosotros nos enseñais que Dios no oye á los pecadores, que tampoco hace milagros para autorizar la falsa piedad de los hipócritas; pero que sí oye propicio á los que le sirven con fidelidad. ¿Se ha oido decir jamas que persona viviente haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento? Este lo ha hecho, ¿y vosotros pretendéis que sea un mal hombre?

Una reflexion tan juiciosa y tan cuerda no pareció soportable á aquellos pretendidos doctores. ¿Qué? le dijeron, tú cargado de pecados, tú indigno de ver la luz, quieres hacer de doctor en este con-

gros? ¡Qué bien parece que tú, hombre miserable, quieras darnos lecciones á nosotros, cansados de leer los libros de la ley! Ea, fuera de aquí, jamas vuelvas á comparecer en nuestra presencia. El Salvador que no tarda en consolar á los que padecen por él, sabiendo que lo habian espelido, fué á encontrarlo; y habiéndole preguntado si creia en el Hijo de Dios: ¿Quién es el Hijo de Dios, respondió él, dámelo á conocer para que yo crea en él. Tú lo has visto, le dijo Jesus, y es el mismo que habla contigo. A estas palabras, trasportado de gozo aquel hombre, exclamó: Creo, Señor, creo en vos; y postrándose á sus piés, lo adoró como á su Dios, su bienhechor y su Soberano maestro. La fé nueva de este nuevo discípulo consoló al Salvador del endurecimiento de los fariseos. El milagro de la curacion del ciego los hizo á ellos mas ciegos de lo que estaban; donde se vé cómo la ceguedad voluntaria es incurable. Dios nos previene, nos solicita, nos mueve; pero no nos convierte jamas, si nosotros no queremos.

La primera Epistola es del capítulo XXXVI del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor: Yo glorificaré mi grande nombre que se halla deshonrado entre las naciones, por haberle vosotros deshonrado á los ojos de ellas: para que las naciones sepan que yo soy el Señor, cuanto á su vista habré hecho patente en vosotros la santidad mia. Porque yo os sacaré de entre las naciones, y os recogeré de todos los países y os conduciré á vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros agua pura, y quedareis purificados de todas las inmundicias, y os limpiaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un nuevo corazon, y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu, y quitaré de vuestro cuerpo el corazon de piedra y os daré un corazon de carne. Y pondré el espíritu mio en medio de vosotros, y haré que guardéis mis preceptos y observeis mis leyes y las practiqueis. Y habitareis en la tierra que yo di á vuestros padres; y vosotros seréis el pueblo mio, y yo seré vuestro Dios, dice el Señor omnipotente.

La segunda Epistola es del capítulo I del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar mal, aprended á hacer bien; buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad á la viuda. Y entonces venid y argüidme, dice el Señor: aunque vuestros pecados os hayan

tenido como la grana, quedarán *vuestras almas* blancas como la nieve; y aunque fuesen *teñidas* de encarnado como el vermellon, se volverán del color de la lana mas blanca. Como querais y me escuchéis, seréis alimentados de los frutos de tierra, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo IX de San Juan.

En aquel tiempo: Al pasar vió Jesus un hombre ciego de nacimiento; y sus discípulos le preguntaron: maestro, ¿qué pecados son la causa de que este haya nacido ciego; los suyos ó los de sus padres? Respondió Jesus: No es por culpa de este ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandezcan en él. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado, mientras dura el dia: viene la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo. Así que hubo dicho esto, escupió en tierra, y formó lodo con la saliva, y aplicóle sobre los ojos del ciego, y díjole: Anda, ve y lávate en la piscina de Siloe (palabra que significa *el enviado*). Fuése, pues, y lavóse allí, y volvió con vista. Por lo cual los vecinos, y los que antes le habian visto pedir limosna, decian: ¿No es este aquel que sentado allá pedia limosna? Este es, decian algunos. Y otros decian: No es él, sino alguno que se le parece. Pero él decía: Si que soy yo. Le preguntaban, pues: ¿Cómo se te han abierto los ojos? Respondió: Aquel hombre que se llama Jesus, hizo lodo y le aplicó á mis ojos y me dijo: Vé á la piscina de Siloe y lávate allí. Yo fui, lavéme, y veo. Preguntáronle: ¿Dónde está ese? Respondió: No lo sé. Leváron pues á los fariseos al que antes estaba ciego. Es de advertir que cuando Jesus formó el lodo y abrió sus ojos, era dia de sábado. Nuevamente, pues, los fariseos le preguntaban tambien, cómo habia logrado la vista. El les respondió: Puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo. Sobre lo que decian algunos de los fariseos: No es de Dios este hombre, pues no guarda el sábado. Otros empero decian: ¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales milagros? Y habia disension entre ellos. Dicen, pues, otra vez al ciego: ¿Y tú que dices del que te ha abierto los ojos? Respondió: Que es un Profeta. Pero por lo mismo no creyeron los judíos que hubiese sido ciego y recibido la vista, hasta que llamaron á sus padres y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo, de quien vosotros decis que na-

ció ciego? ¿Pues cómo vé ahora? Sus padres les respondieron, diciendo: Sabemos que este es hijo nuestro y que nació ciego; pero como ahora vé, no lo sabemos: ni tampoco sabemos quien le ha abierto los ojos: preguntádselo á él, edad tiene, el dará razon de sí. Esto dijeron sus padres, por temor de los judíos; porque ya estos habian decretado echar de la sinagoga á cualquiera que reconociese á Jesus por el Cristo. Por eso sus padres dijeron: Edad tiene, preguntádselo á él. Llamaron, pues, otra vez al hombre que habia sido ciego, y dijéronle: Da gloria á Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. Mas él les respondió: Si es pecador, yo no lo sé: solo sé que yo antes era ciego y ahora veo. Replicáronle: ¿Qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió los ojos? Respondióles: Os lo he dicho ya y lo habeis oido, ¿á qué fin quereis oirlo de nuevo? ¿Si será que vosotros quereis haceros discípulos suyos? Entonces le llenaron de maldiciones y le dijeron: Tú seas su discípulo: qué nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que á Moisés le habló Dios; mas este no sabemos de donde es. Respondió aquel hombre, y les dijo: Aquí está la maravilla, que vosotros no sabeis de donde es este, y con todo ha abierto mis ojos. Lo que sabemos es que Dios no oye á los pecadores, sino que aquel que honra á Dios y hace su voluntad, este es á quien Dios oye. Desde que el mundo es mundo, no se ha oido jamas que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuese de Dios, no podria hacer nada. Dijéronle en respuesta: Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados, y ¿tú nos das lecciones? Y le arrojaron fuera. Oyó Jesus que le habian echado fuera, y haciéndose encontradizo con él, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? Díjole Jesus: Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo. Entónces dijo él: Creo, Señor. Y postrándose á sus piés, le adoró.

MEDITACION.

Sobre la ceguedad espiritual.

Considera que entre todas las enfermedades del alma, no hay otra mas mortal ni de que se cure ménos, que de la ceguedad. Como el alma no advierte el peligro, tampoco busca el remedio. Pero ¿á cuántas caídas no está expuesto un ciego, y mas caminando en esta vida por un camino pedregoso y lleno de precipicios? ¿Cuántos

tropezones no es preciso que dé? Es imposible andar mucho tiempo por él sin caer en el precipicio. La ceguedad espiritual no es ménos ceguedad del corazon que del entendimiento. El desarreglo del corazon es el principio de esta enfermedad, la cual se comunica muy presto al entendimiento. En la ceguedad del alma pasa lo mismo que en la del cuerpo; son muy semejantes sus causas y sus síntomas, como tambien sus efectos. Una abundancia de humores malignos debilita primero el órgano de la vista, y despues la extingue. Los dolores cesan con la pérdida de la vista. Un ciego no tiene dolor; pero no vé. La corrupcion del corazon causa bien presto aquellos vapores espesos y malignos que debilitan y oscurecen los ojos del alma. Al principio los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada punzan y duelen; pero en fin, sus puntas se embotan con la continuacion del desórden. La razon se oscurece y se nubla, el alma no siente ya dolores, la fé no obra como antes, y faltándole estas luces al alma, pierde la vista y queda ciega. Aun cuando no llegue á tanto, los vapores espesos que las pasiones levantan, la impiden el que vea la luz; y en medio de estas espesas tinieblas, el alma se adormece, y por último viene á quedarse del todo dormida. Por mas que se la llame, por mas que se grite y se haga ruido al rededor de ella, nada oye, porque está en una especie de letargo espiritual.

Considera que hay dos suertes de ceguedad espiritual; la una que es el pecado, y la otra que es efecto y castigo del pecado. La primera, es una rebelion, una resistencia actual á las saludables ilustraciones y piadosos movimientos de la gracia, cuando el pecador cierra voluntariamente los ojos á esta luz viva, y endurece su corazon contra sus mas fuertes impresiones. La segunda es el hábito contraido por esta frecuente resistencia, y este es propiamente un estado de ceguedad á que el pecador se ha reducido por su criminal obstinacion. A fuerza de cerrar los ojos á las luces de la gracia, hace que Dios permita queden cerrados, por decirlo así. ¿Qué estado, Señor, unas infeliz y mas espantoso! ¿Se desespere de un enfermo, cuando se le ve en un letargo que le embarga el uso de los sentidos; ¿y habrá mucha esperanza de que se salve un pecador sepultado en una ceguedad que lo hace insensible? Todo pecador es ciego; porque en fin, si se viese la justicia y santidad del mandamiento que se quebranta, la magestad y la bondad de Dios á quien se ofende, el rigor del castigo que se merece, el colmo de las desdichas en que se

precipita el que peca, y la enormidad del delito que se comete, ciertamente no habria quien cometiese uno solo; pero la pasion ciega, y se sacrifican á la pasion las obligaciones, el reposo, los intereses y hasta la misma salvacion. Pero á lo ménos esta ceguedad comun á todos los pecadores es solo accidental, y así pasa y así se acaba. Pero cuando uno es ciego por eleccion, y de propósito deliberado, cuando se cierran los ojos á la luz de la gracia; y cuando por último en castigo de una malicia tan insigne, deja Dios al alma en aquella horrenda ceguedad que ella se ha atraído por su culpa, ¿quién la estorbará que caiga en el precipicio? Despues de esto ¿debemos extrañar el que aquellas terribles verdades que han hecho tantos ilustres penitentes en todos los estados, que en todos tiempos han convertido á los mas insignes pecadores y á las naciones mas bárbaras; el que aquellas verdades tan poderosas, que hicieron tantos millones de mártires, no muevan ni dén golpe al pecador que yace en una profunda ceguedad? ¡Cuántos de estos desventurados ciegos se han visto morir en una insensibilidad espantosa!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah, Señor, vengan sobre mí todas las desdichas de la vida, antes que esta espantosa ceguedad. Castígamde de todos modos, con tal que no tenga yo la desgracia de vivir y morir ciego. Bien conozco, Dios mio, que no hay mayor desgracia durante esta vida, que la ceguedad espiritual; de hoy en adelante, nada temeré tanto como esta desgracia. Aunque en sí misma es incurable esta ceguedad, confío que no lo es respecto de vos, médico de nuestra alma; y cada instante os pediré que me cureis como os gritaba el ciego en el camino de Jericó: Señor, quiero ver.

JACULATORIA.

¡Señor, quiero ver: abridme los ojos!

LECCION.

Sobre la murmuracion.

La murmuracion seria un mal ménos peligroso, si no hallara tanta facilidad para ser creída; y si se opusiera á su maligno lenguaje el silencio que la desprecia, ó la caridad que la combate, entónces se volveria contra su autor, y denigraria al que trataba de denigrar.

Pero nos dice el murmurador: Confesad la verdad, y convenid con nosotros en que ese hombre es un perverso; y al punto todos convienen con él. No sé qué maligna satisfaccion y gusto se haya en saber los defectos de nuestros hermanos: toda censura pica nuestra curiosidad y despierta nuestra atencion. Escuchamos la murmuracion con demasiada complacencia, y la creemos con suma ligereza; defectos frecuentes en que incurrén aun los que se precian de cristianos, pues que los enebren con los especiosos nombres de zelo y amor de la justicia.

En efecto, cualquiera que esté bien persuadido de que no es permitido hablar contra los intereses del prójimo, lo estará tambien de que no es lícito el escuchar á los que faltan á este precepto: si es malo publicar la murmuracion, no lo es ménos el escucharla, porque uno y otro se oponen á la caridad, vínculo de la sociedad cristiana. Porque ó se conoce á la persona cuyas faltas se refieren, ó no; si no se conoce, ¿qué fruto se espera sacar de semejantes discursos? ¿No es un escándalo saber que Dios ha sido ofendido, que un cristiano ha olvidado las leyes de su obligacion, que su inocencia ha sido seducida por la fuerza de sus vicios, ó por el fuego de sus pasiones? ¿No seria mejor gemir ante la presencia de Dios estas faltas, y no complacerse refiriéndolas, y acaso verse tentado para imitarlas? Mas supongamos al contrario, que se conoce la persona de quien se habla; ¿por qué permitimos que se destruyan las ideas favorables que tenemos de ella, y que se disminuya la estimacion con que la veíamos? ¿Qué motivo nos ha dado para despreciarla, cuando siempre se ha manifestado prudente y respetuosa en nuestra presencia, y muchas veces ha disculpado y justificado nuestros defectos? Pero supongamos que no sea mas que simple complacencia el escuchar la murmuracion: esto mismo, ¿no es autorizarla? Si no amontonamos las piedras que se tiran á nuestros prójimos, por lo ménos hacemos lo que el jóven Saulo en la muerte de San Estevan; animar con nuestra presencia á los que apedrean. Con esta criminal condescendencia aumentamos el número de las lenguas perversas, y todos en lo sucesivo vendrán á relatarlos los vicios dominantes de toda una familia; no resonará ya en nuestra casa, sino el rumor de la reputacion destrozada, sin reflexionar, segun la expresion del Sabio, que encendiendo el fuego de los pecados las llamas se volverán contra nosotros para devorarnos. Nosotros, sin pensarlo, queremos que ese hombre de quien es-

escuchamos discursos criminales haga lo mismo con nosotros, y que al referirnos los defectos del prójimo, estudie y examine los nuestros para que sirvan de asunto á sus sátiras delante de otros.

¡Ah, lector mio! Qué curiosidad tan lastimosa, cuando ignoramos lo que es esencial para la reforma de nuestras costumbres, y para la salvacion eterna de nuestra alma; cuando ignoramos nuestros propios defectos, y queremos saber é investigar los del prójimo. Ya que tanto anhelamos por saber lo que pasa en el mundo, informémonos de tantos méritos ocultos que carecen de apoyo y recompensa; de tantas personas oprimidas que necesitan de nuestros socorros, de nuestra asistencia y proteccion; de tantas personas honradas que serán capaces por su experiencia y sabiduría de ilustrarnos con sus consejos; de tantos ejemplos de moderacion, rectitud, fidelidad, desinterés, que despertarán en nosotros las semillas é impresiones de todas las virtudes. Estos son los conocimientos y noticias que deberíamos solicitar, y no tener emisarios secretos que vayan, como dice el Profeta, á recoger las iniquidades mas ocultas, para envenenarlas en nuestra presencia con una relacion nada fiel, y si exagerada: no ir nosotros mismos de concurrencia en concurrencia á aglomerar murmuraciones, pagar una confianza con otra, usar de estratagemas, de arditos artificiosos y de rodeos astutos, que son como otros tantos lazos y trampas que tendemos y armamos á la simplicidad de los que todavia ignoran nuestra malicia: no leer, en fin, sin escrúpulo, sino con ansia y presuncion, escritos escandalosos y ociosos.

Ya otra vez hemos manifestado, que la pasion no mas presta su voz al vicio, y que todo el mal que aprendemos del prójimo, no viene á nosotros sino por el interés, ó por el odio de los que lo publican. ¿Qué aprecio deberíamos hacer de semejante descubrimiento? ¿No vemos todos los dias cuánto aumenta la pasion los objetos, y cómo desfigura lo mismo que refiere? La misma agua, que en su manantial quizá es una fuente clara y tranquila, recibe al apartarse de su origen las impresiones de las tierras por donde pasa, y prontamente se trasmuta en cieno y en lodo contagioso y pestífero. Ademas de esto, aun cuando las personas que nos hablan no tuvieran desingnio de engañarnos, ¿no podrán ellas haberlo sido? Ellas creyeron ver, pero no vieron; pensaron entender, y no entendieron. ¿Qué seguridad, pues, podemos tener, de que hemos visto mejor y entendido mas bien que otros? San Pablo es llevado á la presen-

cia de Félix, gobernador de la Judea, como un hombre inquieto y revoltoso, como cabeza de partido, como profanador del lugar santo; y no es un particular el que le acusa, sino toda una nacion, los ancianos del senado y el gran sacerdote: todos unánimemente dicen que han sido testigos, y que salen garantes de los hechos que depoenen contra el Apóstol. ¡Habrà delacion mas decisiva, pruebas mas convincentes! Con todo ésto, profundizando la materia no se encuentra en el acusado sino un Apóstol, un hombre animado del espíritu de Dios; y en los acusadores solo se descubre odio, envidia, malignidad, impostura; así es que Felix no se dejó sorprender de todo ese aparato de verdad, sino que lo envió libre, y suspendió la acusacion tan sería é imponente, para que despues se examinara con mas tiempo y madurez. ¿Hubiéramos nosotros procedido de este modo? ¿Nosotros, cuya inclinacion perversa cree siempre al mal con preferencia al bien? ¿Sobre quienes una simple sospecha, un rumor vano contra nuestro hermano, hace mas impresion que los testimonios mas auténticos en su favor, y que fáciles en escandalizarnos á la menor apariencia de flaqueza que entrevemos en nuestro prójimo, no somos incrédulos sino para resistir á la aseveracion que se nos dá en su inocencia ó arrepentimiento? Faltos de sinceridad, ó limitados de entendimiento, nos dejamos fácilmente prevenir por falsas relaciones, y despues nuestro orgullo no nos deja conocer y confesar que hemos sido sorprendidos y engañados. Seducidos una vez, no volvemos ya sobre nosotros, y es necesario hacer prodigios para desengañarnos. Hay personas que se escandalizan de una murmuracion notoria y hecha abiertamente en una concurrencia; pero si se cubre esta misma murmuracion, ú otra peor, con el misterio de la confianza, y se llega á ellas con el aire de buscar consuelo, y de secreto, entónces, como su amor propio se siente adulado con esta distincion, se suscriben y lo creen todo con obstinacion. Este es un aviso que me han dado, dicen, y yo debo aprovecharme de él. Justamente, responde San Bernardo, por lo mismo que es un aviso secreto debeis despreciarlo, pues el ocultarse solo pertenece al artificio: la verdad no teme la luz; habla francamente, y nada recela. Seriamos ménos dignos de lástima, si al ménos desconfiásemos de la murmuracion; pero ¡qué fatalidad! no solo la escuchamos con gusto y la creemos con facilidad, sino que tambien obramos precipitadamente, segun ella. Nos indisponemos con un amigo, al punto suspendemos el respeto á su persona, el

curso de nuestros beneficios; le negamos una súplica racional, le prohibimos nos vea en adelante; y todo esto sin que sepa por qué ha incurrido en tal desgracia, sin que tenga el consuelo de poder justificarse. La sinceridad de nuestro zelo, la rectitud de nuestra intencion, nos justificarán, puede ser, á nuestros propios ojos; pero ¿nos justificarán en el tribunal de Dios? Reprimamos, pues, la indiscreta curiosidad de saber los defectos de nuestros hermanos; apartémonos de los que hablan mal de ellos; no séamos fáciles en asistir á sus relaciones; y finalmente, séamos circunspectos y prudentes, dando lugar á su arrepentimiento.

Juéves de la cuarta semana de Cuaresma.

La intencion de la Iglesia en todos estos dias es el que nos ocupemos en la consideracion de una nueva vida, que Jesucristo puede y quiere procurarnos con su muerte. A este fin ha elegido para las Epístolas y Evangelios de la misa de estos dias, asuntos los mas á propósito para hacernos ver, que él solo es el que vivifica y el que resuscita nuestras almas á la vida de la gracia.

El introito de la misa de este dia es del salmo CIV, el cual es un cántico de acciones de gracias por todos los beneficios de que llenó el Señor á la nacion judaica, y de los cuales hace aquí el profeta un resumen. Fué compuesto este salmo por David con motivo de la traslacion de la arca de la casa de Obededom al tabernáculo ú oratorio que se le habia preparado en Sion. Este salmo tiene por título la palabra *Aleluia*, que significa *alabad al Señor*. La misa empieza por estas palabras. Alegrése el corazon de los que buscan al Señor. Buscad al Señor, y teneos firmes contra todos los accidentes de la vida; aplicaos constantemente á merecer que os mire con ojos propicios. Cantad sin cesar las alabanzas del Señor; invocad su nombre, dad á conocer á todos los pueblos de la tierra la grandeza y excelencia de sus obras, y decidles que su misericordia resplandece en todas ellas.

La Epístola refiere el milagro que hizo el profeta Eliseo, resucitando al hijo de una muger, habitante de Sunam, en cuya casa acostumbraba hospedarse.

Pasando un dia Eliseo por la ciudad de Sunam, que no distaba mucho del monte Carmelo, fué convidado á comer por una muger

de las principales del pueblo, la que con el buen hospedage que le hizo y con sus bellos modos le obligó á alojarse en su casa cuantas veces pasaba por allí. Un dia dijo á su marido: Me parece que este hombre que pasa tan á menudo por aquí, es un varon de Dios y un santo; alojémosle y aderecémosle un cuarto para que esté con comodidad cuando nos venga á ver, y se hospede aquí. Mas estando un dia Eliseo hospedado allí, dijo á Giezi su criado que preguntase á su huésped, qué podria hacer por ella en reconocimiento de todos los servicios que le habia hecho. Habiéndola hecho llamar Eliseo, la predijo que tendria un hijo antes de un año. El suceso verificó la prediccion. Creció el hijo hasta la edad de tres años; y habiendo ido un dia á ver á su padre que estaba en los trabajos del campo, murió de una insolacion. Su madre, llena de confianza en los méritos de Eliseo, llevó el cadáver al cuarto del profeta, lo puso sobre su cama, y sabiendo que Eliseo estaba en el Carmelo, se fué allá disimulando su afliccion. Habiéndola visto el profeta á lo lejos, envió á Giezi su criado, para que le preguntase si habia alguna novedad. Ella, que no queria desenbrir la muerte de su hijo á otro que al profeta, respondió que todo iba bien; mas habiendo llegado á donde estaba Eliseo, se arrojó á sus piés hecha un mar de lágrimas. Giezi la quiso retirar; pero el profeta se lo estorbó, diciendo: Que aquella muger se hallaba afligida, aunque el Señor no le habia descubierto el motivo. Luego que ella le dijo como su hijo habia muerto, mandó á Giezi que tomara su báculo y se fuera allá, con la expresa prohibicion de saludar á nadie en el camino. Este es un modo de hablar figurado é hiperbólico, que denota la diligencia con que debia hacer el viaje. Cuando el Salvador del mundo envió sus Apóstoles á predicar el Evangelio, les intimó la misma prohibicion, en el mismo sentido. Pónese en camino Giezi; pero la afligida madre no estuvo contenta hasta que vió partir tambien á Eliseo. Llegado Giezi á donde estaba el cadáver del niño, le puso el báculo sobre la boca, como se le habia ordenado; pero el muerto no dió la menor señal de vida. Le avisa á Eliseo, quien entra, cierra la puerta y se pone á orar; acabada la oracion se sube sobre la cama, y se acuesta sobre el niño: poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre los ojos, y sus manos sobre las manos, y encorvado así sobre el niño lo caliente, dice la Escritura, con su propio calor. Baja despues de la cama y da dos vueltas por el cuarto; súbese otra vez á la cama y se encoge otra vez sobre el niño, el cual

bostezó siete veces y abrió los ojos. No deja de conocerse que todo esto es misterioso. La figura y el misterio se palpan en todas las circunstancias del milagro. Habiendo el niño resucitado, lo entregó el profeta sano y bueno á su madre; la que trasportada de gozo y admiracion, se arrojó á sus piés, y postrada le dió humildísimas gracias.

La Divina Providencia, dicen los Santos Padres, quiso darnos en la relacion tan circunstanciada de este milagro, una figura del gran misterio de la ley y de la necesidad de la Encarnacion del Verbo. El báculo de Eliseo, puesto por su criado sobre el rostro del niño, dice San Agustin, significaba la ley de Moises, que no podia por sí misma dar á nadie la vida, ni la justicia; era preciso que el mismo Eliseo, figura de Jesucristo, que es el Maestro de todos los que habian sido enviados á predicar esta ley, viniese en persona y se encogiese, por decirlo así, en su Encarnacion, para acomodarse y proporcionarse al cuerpo del niño, esto es, de todo el género humano, que San Pablo dice haber sido niño bajo la ley. "Cuando éramos niños, viviamos como esclavos bajo los primeros elementos que se enseñaron al mundo; pero cuando se cumplió el tiempo, envió Dios á su Hijo, el que encontró al género humano sin vida, sin fuerzas y sin luz." Algunos intérpretes traducen el hebreo, diciendo: *estornudó siete veces*, en lugar de bostezó siete veces. No falta quien hace de estas siete señales de vida una figura de los sacramentos de la nueva ley, ó de los siete dones del Espíritu Santo en la ley de gracia.

El Evangelio de hoy nos refiere: Que el dia despues que Jesucristo entró al criado del centurion, se fué á la pequeña ciudad de Naim, hácia los confines de Galilea. Iban en su seguimiento sus discipulos y otras muchas personas atraidas de sus milagros é instrucciones. A algunos pasos de la ciudad encontró un acompañamiento de gentes que llevaban á enterrar el cadáver de un hijo único de una viuda, que habia muerto el dia ántes. Los lloros de una madre excesivamente afligida por la pérdida de un hijo único que era todo su consuelo y toda su esperanza, enterrecieron el corazon del Salvador, y acercándose á aquella desconsolada madre, la dice que no llore: se llega despues al ataúd, pone sobre él su mano, y los que lo llevan se detienen. Entonces el Salvador, como árbitro de la muerte y de la vida, dice al muerto: "Mancebo, levántate; yo te lo mando." ¡Cosa admirable! Oye el muerto esta voz omnipotente, y

obedece: resucita, se incorpora, se sienta en el féretro, recobra el habla, sale del ataúd, y despues de haber dado gracias á su bienhechor, corre á abrazar á su madre. Las lágrimas que el dolor hacia correr de los ojos de la madre, se convierten en lágrimas de gozo por un milagro no esperado, obrado por una sola palabra del Salvador, que le entrega á su hijo vivo y sano. Cuantos fueron testigos de este prodigio, quedaron atónitos y penetrados de un santo terror que les hacia decir con profundos sentimientos de admiracion y del mas vivo reconocimiento: Verdaderamente tenemos entre nosotros el mayor Profeta que jamas ha habido. El Señor se ha dignado visitar á su pueblo, enviándonos á aquel gran Profeta que nos tenia prometido, y ha querido hacer ostentacion de su poder á nuestros ojos.

Tales son los pasos que da el Señor para excitar y convertir al pecador. Se acerca á él aunque está muerto, lo excita, le hace oír su voz, ya sea por medio de remordimientos de conciencia, ya sea por medio de otras inspiraciones secretas. Pasos no obstante inútiles, si el pecador no responde á estos primeros llamamientos; si los que lo llevan, los que le lisonjean, los que le engañan no se paran; es decir, si las pasiones no callan para dejarle oír al Salvador, ¡infeliz! jamas lo resucitará.

Los judios enterraban sus difuntos fuera de las ciudades, los ponian en tierra en cavernas ó sepuleros hechos de una sola piedra. Eran mirados entre ellos los sepulcros como lugares inmundos, y como una tierra profana. Al contrario los cristianos; ciertos de la resurreccion, y presumiendo que muchos cuyos cuerpos están enterrados en los cementerios, gozan de la bienaventuranza en el cielo, miran estos lugares con respeto y veneracion. Por este motivo están los cementerios junto á las iglesias. Tambien se entierran los muertos en los templos, lo que parece venir de que antiguamente se edificaban las iglesias sobre los sepulcros de los mártires.

La Epistola es del capítulo IV del libro cuarto de los Reyes.

En aquellos dias: Vino la muger Sunamitis al varon de Dios en el monte Carmelo; quien al verla venir hácia él, dijo á Giezi su criado: Mira, aquella es la Sunamitis: sal á su encuentro, y dile: ¡Lo pasais bien tú, tu marido y tu hijo! Bien, respondió ella. Mas así que llegó al monte y á la presencia del varon de Dios, se echó

á sus piés; y acercándose Giezi para apartarla, díjole el varon de Dios: Déjala; porque su alma está llena de amargura, y el Señor me lo ha ocultado y no me la revelado nada de eso. Dijo entonces ella: ¡Por ventura, ó Señor mio, te pedí yo un hijo? ¿No te dije que no me engañaras? Y él dijo á Giezi: Pon haldas en cinta, y toma en tu mano mi báculo, y marcha. Si te encontrases con alguno, no te pares á saludarle: si alguno te saludare, no te detengas á responderle; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño. Sin embargo, la madre del niño dijo: ¡Júrote por el Señor y por tu vida que no me iré sia ti. Con esto se puso Eliseo en camino y la fué siguiendo. Entretanto Giezi había ido delante de ellos, y puesto el báculo sobre la cara del niño, el cual ni hablaba ni sentía. Y así volvió en busca de Eliseo, y díjole parte, diciendo: El niño no ha resucitado. Entró, pues, Eliseo en la casa, y halló al niño muerto y tendido sobre su cama. Entrado que hubo, cerróse dentro con el niño, é hizo oracion al Señor. Subió despues, y echóse sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre los ojos, y sus manos sobre las manos; y encorvado así sobre el niño, la carne del niño entró en calor. Trus esto, levantándose, dió dos vueltas por la habitacion, y subió otra vez y recostóse sobre el niño. Entonces el niño bostezó siete veces, y abrió los ojos. Y llamó á Giezi, y díjole: Avisa á esa Sunamitis. Vino ella y se presentó á Eliseo, el cual la dijo: Toma á tu hijo. Acercóse ella, y arrojóse á sus piés, y le veneró postrándose hasta el suelo; y tomando á su hijo, se salió. Y Eliseo se volvió á Gálgala.

El Evangelio es del capítulo VII de San Lucas.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad llamada Naim, y con él iban sus discípulos y mucho gentío. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; é iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido á compasion, la dijo: No llores. Y arrimóse y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon. Dijo entonces: Mancebo; y te lo mando, levántate. Y luego se incorporó el difunto, y comenzó á hablar; y Jesus le entregó á su madre. Con esto quedaron todos penetrados de un temor, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros; y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

Sobre la resurreccion espiritual de las almas.

Considera con cuanta razon decian los que habian presenciado la resurreccion del hijo de la viuda de Naim, que un gran Profeta habia aparecido entre ellos, y que Dios habia visitado su pueblo. Aun cuando no se contemplase mas que la resurreccion de los muertos con muerte natural, á quienes el Hijo de Dios habia restituido á la vida, cierto es que no se habia visto cosa semejante en la tierra; pues aunque Elias y Eliseo habian resucitado á dos niños por la virtud de Dios, ¿qué eran estos ejemplares en la multitud de los siglos que habian corrido sobre la tierra? ¡Y Jesucristo resucita á tantos por su propia virtud y al imperio de su voz soberana! El Evangelio solo nos mienta á tres; pero fueron muchos los que resucitó el Salvador. ¡Pues cuánto mas acreedor es el Señor á la gloria que le daba aquel pueblo, si en la resurreccion de tantos muertos contemplamos la figura de millones y millones de almas resucitadas por el Divino Redentor á la vida de la gracia? ¡Ah, que él las extrajo del abismo profundísimo del pecado en que yacian; y esto con mayor milagro que sacarlas de los senos de la tierra para que vuelvan á reanimar sus cuerpos! Los senos de la tierra son un lugar de suplicio, donde están las almas aprisionadas por el poder de Dios, y de donde pueden salir por la misma omnipotencia sin mas mutacion que la de caminar de un lugar á otro. Mas el pecado es un abismo inmenso, que dista infinitamente de la suma bondad que es Dios, el cual lo repugna infinitamente, y á quien el mismo Dios omnipotente no le puede arrancar una sola alma sin destruirlo primero, sin que baste sola su voluntad ó su omnipotencia, si esta misma alma encerrada en este abismo del pecado, no coopera con Dios á destruir su prision, á romper sus cadenas; y esto con una inmudacion tan real y verdadera en ella, cuanta se da en salir del no ser al ser, esto es, en adquirir un nuevo ser divino, sobrenatural, de gracia, que no puede existir en aquella alma sin que destruya el pecado, que se habia hecho en ella como una segunda naturaleza. ¡Oh milagro, oh portentoso sin igual, el de la resurreccion de un alma á la vida de la gracia! Verdaderamente que solo puede ser obrado por aquel Dios que visitó á su pueblo con una misericordia sin medida.

Considera que es tanto mas admirable el Salvador en esta resurreccion de las almas, quanto que el enemigo de nuestra salvacion, que es aquel fuerte armado que custodia su atrio, como dijo el Señor, habia en efecto puesto tales barreras para impedir la libertad de las almas hundidas en el abismo del pecado, que eran realmente insuperables á toda virtud y fuerza que no fuera la de Dios. Era por tanto necesario que otro mas fuerte que él viniera y lo venciera, y derrocaria con supremo poder aquel muro inexpugnable: muro de iniquidad y de pecado, muro de ignorancia y de error, muro de obstinacion y de endurecimiento, muro de reato y deuda insoluble, que solo pudo pagar condignamente el Hombre Dios, y que en efecto pagó con el infinito precio de su sangre: con la misma borró el pecado del hombre y lo lavó de su iniquidad: con la misma ablandó su endurecido corazon; con la misma en fin le abrió los ojos para que conociera su error, y saliera de las tinieblas de la ignorancia y de la muerte en que estaba de asiento. ¡Empresa divina! ¡Maravilla estupenda! ¡Obra de un Dios de infinita sabiduría y soberano poder; tanto mas asombrosa, quanto que la obró, no en la grandeza de su magestad, sí en la humildad de nuestra naturaleza; no en los resplandores de su gloria, sí en la ignominia de su pasion; no en el uso de omnipotencia absoluta, sí en la efusion de su sangre y en su muerte en la cruz! ¡Oh! ¡Bendigamos al Señor, que se dignó visitar á su pueblo para obrar su salud en medio de la tierra!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Yo os bendigo, Señor, y cantaré vuestras alabanzas como vuestro siervo Moises al salir del mar Rojo; porque á este infernal Faraon, que nos tenia esclavizados, lo sepultásteis bajo las aguas venenosas de su insondable malicia, al mismo tiempo que abristeis estas aguas para sacar á pié enjuto vuestro pueblo escogido, y conducirlo á la tierra de promision que es vuestra gloria. Haced, Señor, que no malogre yo tan grande beneficio; sino que conservando la fidelidad que os he jurado, merezca contemplar en la patria cara á cara á mi Libertador soberano.

JACULATORIA.

Libertásteis, Señor, á vuestras almas aprisionadas del lago de la miseria: salvad así la mia.

LECCION.

Sobre los resultados de la muerte.

San Ambrosio y San Agustin aplican al alma en un sentido místico el milagro que hoy nos refiere el Evangelio, de este modo: "La madre del hijo difunto es la Santa Iglesia, que llora la muerte de las almas que perdieron por el pecado la vida de la gracia: estas son el difunto que es conocido por sus pasiones y vicios en el féretro del cuerpo; lo toca Dios, y al momento se levanta." ¡Ojalá y así lo efectuéramos todos los cristianos! ¡Pero cuántas veces por mas que Dios nos toque, yace nuestra alma muerta! ¡Qué otra cosa son las desgracias ó las dichas imprevistas que nos suceden, sino toques del Señor? Una enfermedad, una quiebra, la muerte de un hijo, son golpes que debian resucitar nuestras almas. Pero apartamos nuestros ojos de la Providencia Divina, y solo los fijamos en lo que llaman los filósofos causas naturales. Nos hallamos en un apuro: parece que ya no hay remedio en lo humano para nosotros; cuando ménos lo esperamos se nos abre una puerta por donde nos viene el consuelo. Pero ¡ay de nosotros! ¡que á veces ese mismo beneficio que nos sirve para socorrer nuestra necesidad, sirve á nuestra malicia para ofender al mismo Dios que nos lo ha hecho! ¿No es esto tener mas que muerta nuestra alma? ¿Necesitamos que venga Jesucristo en persona á tocarnos? ¿Acaso no es bastante poderosa su palabra? Acordémonos de aquella vision de Ezequiel, en que en un gran campo lleno de huesos descarnados y frios, con solo anunciarles la palabra de Dios se convirtieron en hombres. ¿Es posible que siendo nosotros hombres, á pesar de oir tantas ocasiones la palabra de Dios, estemos convertidos en cadáveres? ¡Hasta cuando se ha de levantar nuestra alma? ¡Oh, tan muerta la tienen los falsos discursos de los incrédulos ó el encanto de las pasiones, que por mas que le hablen los ministros del Altísimo, no oye, no se mueve, no da la menor señal de vida! Basta ya de letargo: basta ya de letargo: hoy que nos toca Jesucristo por medio de esta leccion ábrase á la luz nuestro entendimiento, muévase nuestra voluntad, é imitando al hijo de la viuda de Naim, comencemos á hablar. Pero ¿qué diremos? Darémos alabanzas á Dios, referirémos las misericordias que ha usado con nosotros; confesarémos al sacerdote la enfermedad gravísima de la culpa que nos habia muerto, y sobre

todo, pediremos perdón á nuestro Dios de nuestros pecados contritos y humillados, y le protestaremos hacer todos nuestros esfuerzos para no volver á caer en la enfermedad que nos habia privado de la vida. Si, católicos, resucitémos á la gracia para no volver á morir; y si aun no quieren dar señales de vida nuestro entendimiento y nuestra voluntad, curémos una muerte con otra: presentémosle, pues, los finestros resultados que tendrá aquel á quien le coja la muerte temporal estando ya muerto espiritualmente. Aquella si que será verdadera muerte, pues á la temporal seguirá la eterna. Mas al justo, al que reciba resucitado por la gracia la muerte del cuerpo, ella será la puerta de una vida feliz é interminable. Sin duda que uno de los estímulos mas fuertes que puede tener el pecador para resucitar de la culpa, es la consideracion de la muerte. No apartémos de ella nuestros ojos: consideremos sus terribles consecuencias. Sin duda que á la vista del sepulcro lóbrego que se nos presenta, como un conducto por donde hemos de bajar al infierno, se estremecerá nuestra alma: nuestro entendimiento asustado, se levantará buscando las verdades que deben servirle de medicina.

Pero nuestra desgracia es que este espectáculo que se reproduce incesantemente á nuestros ojos, y que debia servirnos de saludable medicina, lo miramos con la mayor indiferencia y frialdad; porque nosotros, realmente mas insensatos que los cadáveres que vemos, pasamos los dias en nuestras continuas alegrías y falsas felicidades del mundo. ¡Ah! si pensásemos que nos hemos de confundir con la misma tierra, que nos hemos de convertir en polvo semejante al que el viento lleva por los aires, que últimamente hemos de ser olvidados, y que inmediatamente toda la serie de los siglos ha de ser nada para nosotros, todos nos abandonaríamos al susto y al espanto, y diríamos como el santo Job: "Me siento casi enojado de haber nacido." Mas no sucede así: todos nos echamos á dormir por la noche sin saber si despertaremos, y nos entregamos al sueño con la mayor seguridad. Descendamos mentalmente á aquellas moradas tenebrosas, donde no se encuentra otra cosa que cadáveres y huesos. Allí exhalándose continuamente, desaparece nuestra figura y se consume, nuestra carne de tal manera se evapora, que no deja el menor vestigio de nuestra existencia: es imposible descubrir los diferentes átomos á que se reduce el cuerpo en sus continuas transmutaciones: hoy se corrompe y mañana es polvo. Somos el juguete del tiempo, de la corrupcion y de los gusanos. 1.º b. ant. v. g. b. b. r. m. a. n. a. l.

Olvidemos la transitoria morada de la tierra, y pasemos á contemplar la region inmensa de los espíritus. No hay duda que la eternidad es un abismo que no podemos nosotros sondear; pero tampoco la hay de que realmente hay lugares, ó mas bien, situaciones, que despues de la muerte separa por clases nuestras almas de un modo asombroso. ¿Cuál es pues aquella situacion, de la que á nuestro arbitrio podamos retroceder? Ninguna. ¡Oh, y cuán otras las hallaremos de lo que las imaginábamos! Si somos bienaventurados, nuestras almas separadas de nuestros cuerpos, á quienes dejarán en la corrupcion, penetrarán la morada de una luz incorruptible: las ideas terrestres se aniquilarán, y nuestro espíritu, siempre activo y perspicaz, no se ocupará ya sino en la contemplacion del Ser de los seres. Se rasgará el velo de la carne, y nos verémos en la presencia de la luz increada; *verémos á Dios como es*. La resurreccion vendrá despues á animar nuestros cuerpos, y nos presentará de nuevo en la tierra para sujetarnos á un juicio universal, en que se confirmarán nuestras sentencias. ¡Qué consecuencias las de la muerte! ¡qué exquisitas mudanzas obrará en nosotros! ¡qué espectáculo ofrecerá á nuestra consideracion! Un Ser inmenso, justiciero, omnipotente y eterno, hará á nuestras almas eminentemente felices, ó sumamente desventuradas; pues su castigo ó recompensa correspondrán á tan sublimes atributos. Mientras que Dios sea Dios, padecerá el condenado, porque el hombre quedará eternamente en el estado en que la muerte lo halle. ¡Qué espanto y qué terror no produce este conocimiento!

Nuestros juicios son siempre inconsecuentes y frenéticos cuando nos atrevemos á sondear los abismos de un Dios, cuya justicia no se mide con la nuestra. ¿Con que es dable que podemos merecer una dicha infinita con algunas obras que ninguna proporcion tienen, con una recompensa tan sublime? ¿Es dable que podemos perder esta felicidad prefiriendo la criatura al Creador? En verdad que nosotros querríamos que Dios nos franquease el cielo que él habita á nosotros que jamas pensamos en él, que contradecimos perpetuamente su ley, que amamos mas el estiercol de la tierra que todos los tesoros de la gracia, que blasfemamos, puede ser, hasta su santo nombre, y que querríamos mas bien vivir acá en la tierra para siempre, que ir á gozar sus eternas recompensas. Si despues de nuestros desórdenes, Dios nos recibiera en su seno, entónces sí que seria un Dios injusto. Dios no nos trata al condenarnos sino como hemos queri-

do ser tratados, supuesto que tenemos miedo de entrar en compañía con él, y que aceptaríamos voluntariamente el partido de nunca verle, si pudiéramos vivir siempre con las criaturas que idolatramos. Por mas que digamos que la eternidad de las penas no parece compatible con la bondad de un Dios infinitamente bueno, la enormidad de nuestro pecado nos persuadirá de lo contrario, y conoce-remos que por lo mismo que Dios es bueno debemos padecer eternamente, porque estamos unidos y como convertidos en pecado, que es enemigo irreconciliable de la bondad de Dios. Por eso nos dirá: *Id, malditos, al fuego eterno.* Los caminos de Dios son incomprendibles, y mucho mas diferentes de nuestros pensamientos, que lo es el cielo de la tierra; de suerte que el hombre es absolutamente insensato cuando se atreve á sondear la justicia de Dios y á determinarla. Nosotros no tenemos sino miras sumamente limitadas, y seria preciso ser infinitos para comprender al que lo es. Las consecuencias de la muerte curan bien nuestras preocupaciones. Ellas nos harán conocer que todos los males de esta vida entran en los designios de Dios como medios de purificar á sus escogidos, y que ni las enfermedades, ni las desventuras, ni las guerras, ni los incendios, tienen nada de incompatible con la bondad de Dios.

Viércoles de la cuarta semana de Cuaresma.

Así este dia como el antecedente, quiere la Iglesia pintarnos una imagen de la vida nueva, ó resurreccion de nuestra alma, muerta por el pecado, y resucitada por la gracia de Jesucristo. Y así ha elegido para la Epístola de este dia la historia de la resurreccion corporal del hijo de la viuda de Sarepta; y para el Evangelio, el milagro que hizo el Salvador resucitando á Lázaro. El troito tiene alguna relacion y conformidad con ambos asuntos: *Señor, mi corazón medita sin cesar vuestra ley en vuestra presencia. Vos seréis siempre mi ayuda y mi apoyo, así como sois mi Redentor. Los cielos publican la gloria de Dios, y exponiendo á nuestros ojos las maravillas que contienen, nos enseñan quién es el que los ha formado.* Este se tomó del Salmo XVIII. Aquí la expresion del Profeta es singular; pero no es ménos instructiva, porque no es el corazón quien reflexiona y medita, sino el espíritu; sin embargo, el Profeta dice que su corazón medita la ley del Señor, para darnos á

entender que su meditacion no es puramente especulativa, sino tambien práctica, sin lo cual nada mas inútil ni mas estéril que la meditacion. Se debe meditar la ley de Dios para amarla, para observarla con puntualidad, despues de haber reconocido en la meditacion su santidad, su utilidad y su excelencia. Esta exacta observancia es la que nos hace perfectamente dichosos.

La Epístola es del capítulo XVII del tercer libro de los Reyes. Habiendo ido Elías á Sarepta de orden de Dios, á tiempo que una horrible hambre desolaba todo el pais, multiplicó milagrosamente un puñado de harina y un poco de aceite; de suerte que una buena muger que lo hospedaba en su casa, tuvo con ello bastante para mantenerse á sí, á sus hijos y tambien al Profeta, todo el tiempo que duró la sequedad. Mas un hijo tierno de la viuda enfermó tan gravemente, que murió del mal. La madre desconsolada vino á arrojarse á los piés del Profeta, que por dicha suya se hallaba en su casa; y penetrada del mas vivo dolor, le dijo: ¿No me has conservado la vida, varon de Dios, sino para darme el desconsuelo de ver morir á mi hijo, que era todo mi consuelo? ¿No has venido á mi casa, sino para acordarme mis iniquidades y castigármelas? Elías se movió á compasion de su desgracia, y le dijo que le diera el cadáver de su hijo. Habiéndoselo entregado, lo tomó el Profeta y lo llevó al cuarto donde se hospedaba: lo puso sobre su cama, y levantando su voz al Señor, le hizo esta corta, pero fervorosa deprecacion: Señor Dios mio, ¿por qué esta buena viuda que me hace la caridad de mantenerme lo mas bien que puede, por qué ha de tener el disgusto de ver muerto á su hijo? Dicho esto, se puso sobre el niño tres veces, acomodando su cuerpo al cuerpo del niño, no dejando de suplicar al Señor que le volviera la vida, volviendo á hacer entrar su alma en su cuerpo.

El Señor oyó al punto la oracion del Profeta, y le volvió al niño la vida. Tomóle Elías en sus brazos, y se lo entregó á la madre, la cual transportada de gozo le dijo: Ahora conozco á vista de esta accion, que eres verdaderamente un varon de Dios, y que el Espíritu del Señor habla por tu boca. La proteccion de las gentes de bien es siempre de un gran socorro en los accidentes mas adversos de la vida. Pero si Dios hace tanto caso de las oraciones de los santos cuando están todavía sobre la tierra, que por sus ruegos hace los mayores milagros, dicen los Padres, ¿qué poder no tendrán con Dios cuando están en el cielo, donde su caridad los hace mas